

SEMANARIO POLÍTICO
SE PUBLICA LOS SÁBADOS
Redacción y Administración:
ALBERTO AGUILERA, 52.
NÚMERO SUELTO: 20 CTS.

El Motín

FUNDADO EN EL AÑO 1881

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
MADRID: Trimes, 3 pts; Sem: 6, Año, 16
Provincias: Trimes, 3; Sem: 6, Año, 12
Ultramar y Extranjero: Año, 30
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 3 pts

Año XLV.

Madrid, Sábado 19 de Diciembre de 1925.

Número 51.

El homenaje póstumo á Pablo Iglesias

EL PRIVILEGIO DE PABLO IGLESIAS
ANTES Y DESPUES DE MORIR

Los testimonios de dolor ante el cadáver de Pablo Iglesias adquieren la magnitud de un homenaje póstumo, de esos que sólo se tributan á las grandes figuras nacionales, á los hombres que aciertan á encarnar un ideal y á poner al servicio de éste una fe, una energía y un talento que desbordando el cauce estrecho de un partido, se imponen á los adversarios leales y á la opinión pública. Pablo Iglesias tuvo este mérito; pero por contraste del tiempo, su personalidad simboliza aún algo más elevado: una época que, por las muestras, ni desaparece ni se apaga al soplo de los vientos de fronda. Como Castelar, Pi, Cánovas, Salmerón, Giner, deja Pablo Iglesias una emoción, pronta á manifestarse y á prender en las masas afeines ó que coinciden en una aspiración política y á las que subyuga la energía moral del hombre que consagró su vida á una causa noble.

Tantos poderosos motivos contribuyen á que el duelo por la muerte del apóstol haya tomado el aspecto de una manifestación de duelo nacional, que habrá sorprendido á algunos, desconocedores del valor de lo imponderable, sobre todo cuando se trata de ideas y sentimientos. Han desfilado ante el cadáver del llorado amigo cientos de miles de personas, sinceramente conmovidas. A la manifestación acudirán de seguro muchas más. Es una respuesta merecida á las cerriles coces teologales de un sector que siente el deleite morboso del aislamiento, no sólo en casos como el de ahora, sino cuando se intenta que España se sume de algún modo á la comunidad universal.

Porque la figura de Pablo Iglesias tiene la grandeza de una altísima representación, que supera al interés de partido, acudirán al homenaje póstumo los trabajadores madrileños; irán los afeines de otras tendencias, como los liberales, los republicanos y todos aquellos que al margen de las etiquetas partidistas sienten como algo fundamental en la vida de España, el imperio del derecho con integridad, des-

de lo privado á lo público. Irán á la manifestación, pues, cuantos creen que democracia y libertad son postulados indestructibles del derecho moderno.

De afecto y de respeto al amigo, al ciudadano integérrimo, al político austero, al luchador infatigable ha sido la pleitesía de Melquiades Alvarez, Sánchez Guerra, don Miguel Villanueva, Alcalá Zamora y otros hombres públicos, que separados por diferencias ideológicas de Pablo Iglesias, coincidían, sin embargo, con el glorioso muerto en los principios fundamentales del progreso y en el acatamiento á la ley inmanente que consagra el derecho del hombre como esencial al cristianismo y á nuestra civilización.

Madrid entero asistirá á la manifestación de duelo por simpatía, y por adhesión tácita. España toda, ó mejor dicho, la España que puede valorizar se en el concierto de las naciones y capaz de figurar por derecho propio en la historia del siglo XX.

Nosotros quisiéramos que el dolor colectivo que nos aflige, y que se exteriorizará hoy de modo imponente, quedará como una promesa hecha al borde de la tumba sagrada, de que sus enseñanzas serán recordadas, de que su ejemplo servirá de acicate y estímulo en la defensa de los principios á que rindió fervoroso culto á costa de los mayores sacrificios. Aquellos que desde su alta representación, que rigieron los destinos del país, se adhieren en esta hora de luto al dolor popular, tienen el deber de inscribir imborrablemente en su memoria su actitud de hoy. Al fin tienen una responsabilidad. Sus lágrimas al borde de la tumba, tan delicadas y respetables, no es justo que sólo se reduzcan á una prueba de sensibilidad.

Porque en la manifestación de hoy figura la España que puede ser valorada en el concierto mundial de las naciones, porque Pablo Iglesias fué un español representativo que luchó por una sociedad mejor y un ideal de justicia, expresión de un valor humano eterno, *El Liberal* ha pedido un puesto en el sagrado homenaje que el dolor popular rinde al apóstol socialista, cuyo cadáver recibirá hoy el frío de la tierra; pero cuyo espíritu seguirá animando, con su luz inextinguible, el alma de multitudes, movidas por un ideal de cultura y justicia.

Pablo Iglesias tuvo el privilegio de ser blanco de las iras negras, y, como dice Unamuno, víctima de las inven-

ciones calumniosas de la canalla plutocrática y reaccionaria. El concepto de Unamuno peca quizá de rotundo; lo que parece indudable es que le persiguió la frivolidad interesada y estúpida de los ignorantes—que son turbanculta—obstinados en confundir el socialismo con una igualdad de sainete y de hacer de sus hombres unos entes ridículos, cuyo único afán es el lucro personal y la vanidad más pueril y necia. Los jefes del socialismo y de los partidos liberales y republicanos eran, según expresión habitual en tales bases, todavía inextinguible, unos *vividos*; es decir, unos pícaros modernos. Sobre ellos se hacían circular anécdotas bufas, leyendas grotescas, á base de la calumnia, con el fin equitativo que puede suponerse de desprestigiarlos. No hace mucho se habló en algún periódico de las propiedades de Pablo Iglesias, como si la propiedad y la honradez estuvieran refididas. Y esto lo ponían en circulación los defensores pseudo-cristianos del principio de la propiedad. Pocos serán quienes no hayan oído el relato de la ridícula leyenda del gabán de pieles de Pablo Iglesias y del pintoresco cambio de clase en el tren cuando se aproximaba al punto adonde iba de propaganda.

Pues bien; ante la estirpe inquietante y solemne de la muerte parecía lógico que las especies difamatorias cesaran aunque sólo fuera por los convencionalismos sociales, que tan obligados están á respetar los defensores del orden establecido y vigente.

También parecía propicio el momento á la justicia póstuma, rindiendo tributo á la universal costumbre. Pero indudablemente. La lógica es aquí sinónimo de arbitrario. Hay, sí, loables y edificantes excepciones. En efecto, como norma general, hemos visto ensalzadas en estas horas, por plumas de las más diversas procedencias, las virtudes verdaderamente teologales de Pablo Iglesias, al que no podemos recordar sin emoción. Hoy España entera conoce los pormenores de la agitada vida de Iglesias, la tenacidad de su carácter, el ardor inextinguible por sus ideas, su religiosidad ideológica digna de apóstol—de un apóstol moderno—, su infatigable amor al trabajo, su austeridad lindante en la estrechez y la pobreza, su infancia triste y sombría, su pasión por la cultura, su amor teologal por los humildes y los desvalidos, su cariño filial. España entera conoce todo esto. No hace falta ser su correligionario para saberlo. ¡Se

ve fácilmente España sabe también que fué una de las figuras del socialismo internacional que alcanzaron un prestigio de primer orden, y una de las personalidades cumbres del siglo XIX, que por su acción y su inteligencia echaran las bases de la España, más que actual, de mañana. Que fué, en otro orden, un hombre de la envergadura de los Castelar, Pi, Salmerón, Calderón, Cánovas, Costa, Giner, pero, además, la presencia de la muerte, con su misterio profundo y hermético, con su dolor—el de la nada—, sella los labios y enmudece a la crítica. El funeral es compañero del elogio.

Paes bien: ¿En esta hora harán justicia a Pablo Iglesias, a sus discípulos, a los que moralmente y en vida se hallan sometidos de igual modo a la propaganda calumniosa de la incomprensión cerril? No; ni en esta hora, para tantos hombres respetable, por tantos conceptos solemne. La crítica política, con pretensiones de justiciera seguirá la táctica estrafalaria de disminuir el valor espiritual del hombre extraordinario, de regatear, cicatear sus cualidades de inteligencia luminosa. Y ni a su cadáver se respeta. Sin haber descansado en el lecho frío de la tierra, se oye un ruido extraño que, sin esfuerzos metafísicos, cabe equiparar al aleteo precipitado de los cuervos cuando en colectividad olfatean un buen festín de carne humana.

JUAN GUIXE

Del "Rubio" al "Abuelo"

Desde hace muchos años no éramos amigos... El viernes quise despedirme del hombre con quien en tiempos me uniera estrechísima amistad, que fué en muchas cosas maestro mío, y con el que colaboré—claro que en la medida de la poquedad de mis condiciones y aptitudes—en la obra magna de organizar y dar conciencia al proletariado español.

Tomé puesto en aquella fila inacabable y esperé mucho tiempo, mucho, y tan abstraído, que ni sé lo que decían las mujeres y los hombres que estaban a mi lado; sé que hablaban con vivo sentimiento. Iban, de seguro, a contemplar los restos de un grande hombre por gratitud, por cariño, por admiración, hasta por idolatría; no por simple curiosidad.

Estaba abstraído porque llenaban mi mente los recuerdos de los días, ya muy lejanos, de mi aprendizaje, de mi mocedad, de mi juventud, cuando en 1879 nació el partido socialista e Iglesias era para los íntimos el *Rubio*, como al gran Jaime Vera se le llamaba *Chisterilla*.

¡Aquellas reuniones clandestinas en trastiendas de tabernas, en el *Casín* federal de la plaza de Leganitos, en salas como la de la calle Hernán Cor-

tés, en locales reducidos que eran más que sobrados para contener a los afluídos! ¡Aquellas secretarías mezquinas de las calles del Salitre, del Amor de Dios, de Jardines!...

Cuando me encontré ante el cadáver del que fué mi amigo, mi maestro, en los días duros, difíciles, de prueba, de renunciación, de sacrificio, de amarguras, de cerrazón, aun queriendo ser fuerte, mis ojos se llenaron de lágrimas, y un buen compañero me retiró cariñoso de allí.

¡Aquél hombre sin vida, que recibía el homenaje de altos y de humildes, de partidarios y adversarios, era, sí, el *Abuelo*; mas para mí, hombre ya entrado en la ancianidad, seguía siendo el *Rubio*.

Ayer caminé tras sus restos, no junto a la bandera gloriosa de mi Asociación, porque no pude llegar a ella, sino junto a la también gloriosa de los hermanos impresores...

Describan otros la grandeza de aquel acto, jamás igualado en España; aquel caminar sereno de centenas de banderas y de multitud incontable; los millares y millares de almas que contemplaban respetuosas y absortas el inacabable marchar de mujeres y hombres en duelo hondísimo tras el cadáver de un pobre operario mecánico. Yo no sé hacerlo.

Yo pensaba en que Iglesias, como Moisés, había tenido el premio excelso de contemplar toda la tierra de promisión desde la cumbre del monte Nabo, y después de haber saturado sus ojos y su espíritu con la contemplación de tanta y tan cercana belleza, murió...

De seguro—segua pensando—que este hombre no anheló sino un entierro callado y humilde, como el ejemplarísimo, el admirable, del llorado Giner de los Ríos; pero esto que veo está bien; tan bien, que, hasta después de muerto, Iglesias hace una merced de altísimo valor a la causa del proletariado, aun a pesar del cisma que hoy la divide.

Los que hoy tengan ojos en la cara y en el entendimiento podrán ver cuáles son los anhelos de las multitudes y cómo el proletariado siente con unanimidad y fuerza incontestable un ideal no ya de mejoramiento, sino de redención total; comprenderán que, de un modo incoercible, el porvenir es del socialismo, en su realización íntegra.

¿Que no todos cuantos componen estas multitudes incontables tienen conciencia plena del ideal? ¿Que aquellos que le sienten, profesan y conocen no son sino minoría casi impalpable? ¿Que los más—casi todos—vieron en Iglesias a un redentor, a un mesías, al *padre de los obreros*, a la encarnación personal de la gloriosa falange de propagandistas y organizadores que crearon el movimiento obrero y socialista español, de los que realiza-

ron con dolor y amarguras una obra indestructible? ¿Que muchos formaban entre las muchedumbres para rendir homenaje de reconocimiento a las virtudes del hombre cuya gloria mayor fué la de ser nexo de legiones de hombres capaces, abnegados, firmes, inteligentes, por lo que esta concurrencia no supone profesión de fe en el ideal socialista?

En todo caso, la multitud que cada día trabaja con sus manos declaró con aquel acto de inenarrable belleza, de grandiosidad no igualada, ó, más bien, insuperada, cuáles son sus ideales, dónde está de corazón y dónde está de verdad.

Y las representaciones, colectivas e individuales, no indican, por lo menos, respeto a un ideal, a la encarnación personal de este ideal?

Centenares de bellas banderas rojas seguían al féretro; tras las banderas marchaban los hombres de trabajo. Seguían al *Abuelo*: otros—ya pocos—seguíamos al *Rubio*. Sin la labor de la legiones de los abnegados, firmes, inteligentes; sin el trabajo *madre-párico* de que Iglesias fué voluntad y nexo, ayer hubiésemos sido puñado exiguo los que hubiéramos rendido el último tributo humilde al modesto cajista de imprenta...

Cuando llego a la plaza que hay frente al cementerio, la multitud, ordenada, organizada, pasa ante el cadáver; que el sol ilumina espléndido; callados, recogidos, todos saludan; las banderas se inclinan; el momento es sublime, digno de la epopeya.

En lo hondo del camino se ven más banderas, un hormiguero de seres humanos, cuyas últimas filas no se adivina dónde están...

Dentro de unas horas, Iglesias estará para siempre al lado de su madre, la señora Juana; al lado de los fundadores Vera y Mora, al lado de Paco Diego, al lado de Arboleda, al lado de muchos amigos y correligionarios y al lado también de su estirpe espiritual, de Pi y Margall, de Salmerón, de Giner, de Benot, de Azcárate.

Como yo, las multitudes regresarán a sus casas avivada la fe, confortadas, y esto es lo más bello, lo excelso, en estos funerales, cual no conocí otros España, ni por el número, ni por la emoción, ni por la verdad.

J. J. MORATO

Tras el cadáver del maestro

Acabo de ver bajar a la tumba los restos mortales de Pablo Iglesias. He caminado, descubierto y abatido, como todos, detrás del cadáver del maestro por las calles de Madrid. El silencio de la multitud, la más grande multitud que yo he contemplado, estremecía. En la calle del Barquillo, una voz desolada de hombre, que dijo:

«¡Adiós, padre de todos!» Y en la Cibeles, los gritos agudos de una mujer dolorida que se desvanecía. Eso fué todo. Lo demás, silencio, silencio y silencio.

Ante el cadáver había desfilar por la Casa obrera Madrid entero. Mujeres del pueblo y damas elegantes, guardias, soldados, trabajadores, artistas, hombres de ciencia... Uaos se enjugaban las lágrimas, otros se santiguaban y otros, de rodillas, se ponían en oración.

Nadie había podido sospechar cuán dentro del corazón del pueblo se hallaba este hombre á quien acabamos de enterrar. Sabíamos su popularidad, su prestigio, la fama de su virtud, pero ¿cómo adivinar esta devoción profunda de la muchedumbre, manifestada durante la exposición del cadáver y en la grandiosa y espontánea manifestación del entierro?

Todo Madrid ha ido tras el cuerpo inanimado de aquel viejecito de ojos azules que, en las mañanas de sol, paseaba, envuelto en su española capa, por el espléndido mirador de Rosales.

Cuando el homenaje ha concluido, cuando la multitud se ha dispersado, después de alzar una montaña de flores sobre la tumba, un muchachillo, gorra en mano, ha detenido nuestro coche cerca de la puerta del cementerio, nos ha tendido la diestra y nos ha dicho: «Vengo corriendo del Hospicio á dar á ustedes el pésame en nombre de todos los hospicianos por la muerte de Pablo Iglesias.»

¡Habían sabido los pobres que el muerto fué hospiciano también, como ellos, y que acaso allí, en el Hospicio, entró hasta el fondo de su cerebro, por aquellos sus ojos azules, la primera sensación de las injusticias sociales, y que allí hizo votos, en el altar de la pobreza, para luchar sin descanso contra ellas!

El Debate ha escrito, al morir Iglesias, unas líneas torpes y zafias. En vez de descubrirse respetuosamente ante el cadáver del hidalgo adversario, le ha tirado un ladrillazo.

No hacemos remilgos á que el odio político pase incluso por encima de la muerte; pero hay un odio alto, noble si se quiere, un odio de visera levantada. Lo de *El Debate* ha sido cosa rastrera y bajura, exenta de elegancia, soez y, además—eso desde luego—, perfectamente hipócrita.

Para *El Debate*, Pablo Iglesias era un hombre inculto. He ahí la tacha. No sería Iglesias un erudito; pero tampoco un inculto. Aquella supercultura que echa de menos *El Debate* es imposible adquirirla cuando se ha pasado la flor de la vida en el Hospicio y en el taller y se ha consagrado el resto á una lucha tenaz y continua.

Iglesias era un talento formidable, una inteligencia clarísima y, además, le adornaba una facultad natural mil

veces superior á todas las culturas: la intuición, que fué y será siempre la musa del genio.

Fué su vida la vida fecunda de un fundador, y los creadores pocas veces salen de las bibliotecas ó de los laboratorios.

Si *El Debate* tuviera que analizar con el mismo prejuicio la figura de Jesucristo, habría de negarle su adoración, porque le sería muy difícil hallar esa apetecida cultura en aquel otro hombre humilde que nació en un portal y no tuvo tiempo de andar investigando lo que fueron las civilizaciones anteriores á la iniciada por él.

El pueblo siguió al Nazareno sin pedirle títulos universitarios, como ha seguido ahora á Iglesias sin notar la falta de certificados académicos en su magnífica labor de apostolado. Ha visto en él una figura excelsa, más grande que la de aquellos á quienes se nimba santamente por haber alcanzado, incluso contra su voluntad, la palma del martirio. Porque la santidad de Iglesias consiste en haber ofendido su vida lucidamente y minuto á minuto, toda entera, desde que salió del Hospicio hasta que le hemos dejado bajo tierra y cubierto de flores.

Pegados á la carroza funeraria, y junto á los familiares del muerto, iban los hombres más representativos del Partido Socialista y de las organizaciones obreras. Iban cabizbajos, aplanados por el dolor presente y ensombrecidos por la perspectiva de la responsabilidad del futuro. El que llevaban delante ya no volvería, y detrás marchaban cientos de miles de hombres á quienes hay que dirigir. Y falta el guía acaso en el momento más crítico, cuando en un proceso que automáticamente han de seguir las cosas, España entera mira hacia la izquierda y no ve por ese lado más fuerza organizada, más instrumento eficaz que el Partido Socialista y las colectividades obreras á las cuales sirve de núcleo. Acaso muy pronto el Partido Socialista, si no llamado á la participación en el Gobierno, se verá en el trance de servir de apoyo á una situación que derive la marcha de España hacia rutas en consonancia con los tiempos. Al arribar ese instante hará falta barajar conjuntamente la rigidez de los principios ideales y la flexibilidad de un Partido que puede ser, por las circunstancias, eje de la vida nacional.

Entonces, todos volveremos los ojos hacia donde hoy hemos dejado al maestro, queriendo pedir consejo á aquel que ya no nos hablará más y cuya orientación quisiéramos seguir siempre. Pero empezará la perplejidad al querer interpretar los pensamientos del ido, acoplándolos á las circunstancias del instante.

INDALECIO PRIETO

Otro muerto

En Torreledones falleció repentinamente el Domingo último á los setenta y un años de edad, don Antonio Maura Montaner.

Acompañado por sus deudos y amigos, fué trasladado el cadáver á Madrid el mismo día, siendo enterrado el lunes en el panteón familiar.

Nació Maura en Palma de Mallorca el año 1853, viniendo á Madrid el año 1868. Estudió la carrera de Derecho, y una vez terminada, fué pasante de don Germán Gamazo, con cuya hermana casó más tarde.

Elegido diputado el año 1881 por el distrito de Palma de Mallorca, ha continuado representándola hasta la disolución de las últimas Cortes.

Ministro con Gamazo el año 1892 y con Silvela en 1902, fué encargado de formar Gobierno á la caída de Villaverde, pudiendo considerársele desde entonces como jefe del partido conservador, hasta 1913 que declinó la jefatura, dando origen á una Agrupación personalmente adicta á él.

Posteriormente presidió el llamado Gobierno Nacional el año 1918, siendo el último Gabinete que formó el de 1922 á raíz del desastre de Annual.

El Gobierno actual ofreció á la familia conceder al cadáver los honores oficiales acostumbrados, pero ésta lo rechazó por respetar la voluntad de su padre.

Desfilaron por la calle de la Lealtad, donde vivía, gran número de amigos políticos y particulares.

En un testamento ológrafo escrito hace cinco años, dejó consignado lo siguiente:

«Primeramente declaro que he vivido siempre por la gracia de Dios, y espero morir en el seno de la Iglesia católica apostólica romana.

Confío en la divina misericordia para que me perdone en la parte que no cumplí por las muchas obligaciones públicas y privadas á que estuve sujeto.

A todas y cada una de las personas á quienes haya podido ofender en el curso de mi vida, les pido humildemente perdón, y si alguna siente haberme agraviado, dé por seguro que á mi vez la perdono. Hágase pública esta manifestación.

Es mi voluntad que el entierro de mi cadáver se haga con la mayor modestia, excluido de toda pompa y declinado con agradecimiento cualquiera de los honores oficiales que se intentaren ó se ofrecieren, enterrándome en el panteón de familia que hice construir en el cementerio de San Isidro.»

El entierro se verificó en la siguiente forma:

A las tres en punto de la tarde se cerró la caja, bajando el cadáver á hombros los hijos y sobrinos del finado.

El féretro fué colocado en una sencilla carroza de cuatro caballos. Esta no llevaba ninguna corona.

Se organizó la comitiva abriendo marcha una sección de la Guardia municipal montada. Seguía el clero parroquial, con cruz alzada, y luego la carroza fúnebre.

A ambos lados iban porteros de la Academia Española, Congreso de los Diputados y Presidencia del Consejo, llevando hachones encendidos. También iban niños de las escuelas y centros mauristas.

Detrás de la presidencia iba el duelo, figurando en él todos los académicos de la Real Española, los presidentes y representantes de las demás Academias y gran número de amigos y personalidades políticas.

La comitiva siguió por la plaza de la Lealtad al Prado, parándose frente á San Jerónimo, donde se rezó un responso.

En la puerta de Atocha se despidió el duelo, rodeando el coche fúnebre las monjas de la Caridad y las Juventudes mauristas.

Esta siguió por las rondas hasta el cementerio de San Isidro.

En la capilla del cementerio, el obispo de Madrid rezó un responso, siendo depositado el cadáver en el panteón de familia.

Un periódico ha recordado que yo debí á Maura en el año 1908 el indulto de los nueve años de presidio á que me condenaron.

Le agradezco el recuerdo, porque esto explicará el por qué mi gratitud envía el pésame á su familia.

JOSE NAKENS

Bibliografía

«UN FILÓSOFO PERPLEJO»

Examen de las diversas manifestaciones de Herbert Spencer acerca del problema de la tierra, con algunas referencias incidentales sobre su filosofía sintética, por Henry George, traducción directa del inglés por Francisco Amaya Rubio.

Del autor de esta obra dijo Tolstoy: «todos los siglos han tenido un hombre insigne, el siglo XIX ha tenido un Henry George» y esta sola afirmación, del célebre filósofo ruso, es suficiente para que el lector pueda tener idea de la importancia de tal obra: pero si á lo dicho por el rebelde cristiano, se agrega el hecho de haber sido escrita para hacer un juicio crítico, justo y severo de las opiniones contra-

dictorias del filósofo inglés Heriberto Spencer sobre el problema de la propiedad del suelo, será fácil advertir la transcendencia de esta obra, de la cual ha hecho la Cssa Editorial Maucci una edición económica en dos tomos, que recomendamos á los amantes de los estudios económicos y á todos los que crean en la posibilidad de un estado social más elevado que el presente.

Las manifestaciones hechas por Heriberto Spencer en su juventud, acerca de la propiedad del suelo, y su retractación cuarenta y dos años después, cuando los halagos de los poderosos le proporcionaron una espléndida situación social, dan ocasión á Henry George para demostrar de modo contundente é insuperable no ya sólo las contradicciones, sino la falacia de un filósofo como él, sometido ó adaptado á la injusticia social.

El Profeta de San Francisco, como frecuentemente denominan muchos á Henry George, al demostrar que la conducta del Filósofo Perplejo no es hija de la convicción, sino de la conveniencia; fundamenta filosóficamente la igualdad inalienable é indestructible del derecho de cada uno de los hombres al uso de la tierra y argumenta de modo incontrovertible acerca de los males que de su propiedad se derivan para la Sociedad.

Tanto la obra *Progreso y Pobreza* del mismo autor, publicada también por la Editorial Maucci, en la que se pone de relieve la causa del malestar social y su remedio, como esta que comentamos, no vacilamos en recomendarla nuevamente á todos los que se precian de hombres cultos y á los que aspiran á merecer tan honroso calificativo. Dos tomos 1'50 pesetas.

SUSCRIPCIÓN A 25 PESETAS MENSUALES

Madrid.—Eduardo G. de Baquero, recibidas 50 pesetas por los meses de Diciembre de 1925 y Enero de 1926.

Amigos que han enviado cantidades para ayudar á EL MOTÍN

Felipe Areal, Coruña, 3 pesetas; Emilio Rodríguez, Matallana, 5; Fermín Navarro, Coruña, 11; Teobaldo Borqued, Agurón, 6.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Trascastro.—Gerardo Yáñez, abonda su suscripción á fin Diciembre 1926.
Ferrol. Mexi nino Rodríguez, íd. á fin Diciembre 1926.

Vigo.—Julían Estevez, íd. á fin Diciembre 1926.

Coruña.—Felipe Areal, íd. á fin Diciembre 1926.

Idem.—Fermín Navarro, íd. á fin Diciembre 1926.

Villapendí.—José Casariego, íd. á fin Agosto 1926.

Villafranca.—Regelio Tena, íd. á fin Diciembre 1926.

Barcelona.—Francisco Font, íd. á fin Diciembre 1926.

Caracuel.—Antonio Gonzalo, íd. á fin Agosto 1927.

Puerto Lumbreras.—Mateo García, íd. á fin Abril 1926.

Pamplona.—L. L. de V., íd. á fin Febrero 1926.

Cullera.—Juan Vallet, íd. á fin Diciembre 1926.

Idem.—Feleiciano Colóm, íd. á fin Diciembre 1926.

Idem.—José Beltrán, íd. á fin Diciembre 1927.

Medina.—Atanasio Bello, íd. á fin Diciembre 1926.

Guillena.—Francisco Granado, íd. á fin Diciembre 1925.

Sevilla.—Manuel Segura, íd. á fin Diciembre 1926.

Valencia.—Alfredo Aragonés, íd. á fin Diciembre 1926.

Talavera.—Mariano Flores, íd. á fin Diciembre 1926.

Játiva.—Daniel Pérez, íd. á fin Junio 1926.

Agurón.—Teobaldo Borqued, íd. á fin Diciembre 1926.

Alicante.—Lorenza Martín, íd. á fin Septiembre 1926.

Puerto de la Luz.—Manuel Rodríguez, íd. á fin Diciembre 1926.

Bilbao.—Jesús Martínez, recibido su giro de 10 pesetas; conforme.

Coruña.—Eduardo L. Budén, íd. de 84; conforme.

Vezdemarban.—Pablo García, íd. de 33 á su cuenta.

Cedeira.—Hermandos Arrivi, íd. de 5'60; conforme.

Alcañís.—Luis Ponz, íd. de 3'40; conforme.

Guimarey.—Senén Goldar, íd. de 3'40; conforme.

Castellón.—Juan B. Juan, íd. de 133'50 á su cuenta.

Sopuerta.—Simón Jayo, íd. de 14; conforme.

Pueblonuevo.—Marceliano Gómez, íd. de 5'40; conforme.

Sevilla.—Manuel Canela, íd. de 2'90; conforme.

ALBUM PRIMERO

DE

CARICATURAS Y DIBUJOS

PUBLICADOS EN

"EL MOTÍN"

PRECIO: 7 PESETAS

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.